

EL SOLDADO DE LOS CIELOS de Eduardo Ara Aguarón

A sus sesenta y dos años, don Fernando Cabañero era el más experto piloto en las filas de la milicia mundial. La nave no era un vehículo para él, sino una extensión de su cuerpo. Sabiendo esto, no era raro que, al enfrentarse a un enemigo alienígena en una invasión, la humanidad recurriera a él para liderar la batalla.

Uno podría pensar que la vejez sería un problema, pero la edad no había arrebatado facultades al aguerrido soldado. En su lugar, le había otorgado la facultad de la experiencia. Y eso lo apreciaría hasta el más ignorante que cruzara el hangar donde el ejército se preparaba. Mientras que los semblantes de los más musculosos jóvenes mostraban miedo e incertidumbre, el bueno de don Fernando se apoyaba despreocupadamente en su vieja avioneta, al tiempo que mojaba un churro en su taza de chocolate, al tiempo que manifestaba sus quejas acerca de las nuevas generaciones:

-Míralos vomitando-gruñía.-En nuestra época la muerte nos temía a nosotros, y no al revés.

-Ya, bueno, al menos nosotros usamos naves modernas-rio nerviosamente uno de los cadetes-Y no ese trasto que se cae a pedazos.

-El día que me veas subido a uno de esos cacharros que llamáis naves podrás decir que don Fernando Cabañero ha sucumbido a la locura-declaró el viejo-Esta belleza ha aguantado el peso de los años y ha demostrado que la calidad de las viejas glorias no se quedará obsoleta.

-Contigo no se puede discutir, señor Cabañero-protestó el joven-En fin, te dejo a lo tuyo, que se te enfría el chocolate.

Lo cierto es que Fernando tenía razones para presumir. Su avioneta, la guadaña de las nubes, era el primer modelo construido por los científicos terrestres capaces de navegar por el espacio. Lógicamente, había sido construida antes de que a algún

ingeniero se le ocurriera aplicar la obsolescencia programada a los vehículos militares.

-¡Guerreros-gritó el comandante-¡Salimos en cinco minutos! ¡Recordad el protocolo, dejad la piedad a Dios, si es que estas criaturas van al cielo!

Cabañero apuró el chocolate, comprobando, no sin algo de tristeza, que acorde a la premonición del joven, se había quedado frío. El día comenzaba mal.

Sin embargo, militares como Cabañero habían aprendido que el único modo de asegurar la supervivencia era prepararse para la peor suerte. La destreza era lo único que podía salvar a un soldado de la muerte en el campo de batalla.

Las naves salieron en perfecta formación del hangar. El ataque comenzaba. Como halcones cayeron hacia el campo de batalla. Obviamente, había resistencia. Un conjunto de discos escarlatas ascendieron desde la superficie del planeta.

-¡Las naves enemigas!-bramó el comandante por el comunicador-¡La batalla empieza ahora, valientes! ¡Cada enemigo derribado es un demonio menos en este mundo.

Una nave al lado de Fernando fue alcanzada por los discos, cercenando las alas y haciendo que se precipitara hacia una muerte inminente. Cabañero habría corrido un similar destino sino hubiera evitado uno de los envites, que no le alcanzó por milímetros. Haría falta más para acabar con ese perro viejo.

Don Fernando no era de los que perdonaba. Tras evitar el ataque dio media vuelta y acertó un certero disparo al desgraciado que había intentado alcanzarle. Cabañero sonrió con satisfacción al ver como el enemigo caía sin esperanza alguna. Habían conquistado docenas de planetas, pero nunca se cansaría de esa sensación de poder que recorría su cuerpo al acabar con un alienígena, fuera de la raza que fuera. Para él, todos eran monstruos carentes de emociones humanas. El universo necesitaba librarse de esas plagas.

Plagas como las que habían matado a sus amigos.

La flota de la humanidad devoraba poco a poco a la resistencia enemiga. Fernando se abría paso furiosamente entre los monstruos. El miedo no existía para el soldado. Sólo tenía que recordar todas las veces que había tenido que ir a dar la mala noticia a la familia de un compañero fallecido. Jamás superaría ver esa desoladora

combinación de sorpresa, miedo y dolor, a la que más adelante se sumaría el odio, en los ojos de un niño que acaba de enterarse de que su padre o hermano mayor ha muerto. Ahora aquella dura imagen servía para alimentar la furia que ardía en su interior con la intensidad del fénix.

Quizás en un estado más sosegado, el bueno de don Fernando no habría cometido el error de permitir que uno de los discos impactara en la guadaña de las nubes. Quizás fue sólo cuestión de edad. El caso es que aquella pieza digna de museo que nunca le había fallado se precipitaba hacia la superficie sin que su dueño pudiera hacer nada para remediarlo. Por primera vez en su extensa carrera, don Fernando Cabañero había sido derribado.

Por fortuna para él, la nave que tan fiel le había sido durante esos años aguantó el impacto protegiendo así a su piloto, a costa de quedar completamente inservible. Al salir al exterior, el viejo no pudo evitar mirar a la guadaña con la tristeza con la que se despide a un compañero. Innumerables veces había rechazado el ascenso que le habría obligado a actualizarse a una nave más moderna pero menos confiable según sus parámetros. No dejaba de ser un capricho de un anciano tozudo al que las formalidades de un rango superior no le importaban, mas estaba orgulloso de no haberse dejado convencer nunca.

Sin embargo, eso era un pasado que no le ayudaría en nada para afrontar el peligroso presente. Para ser justos, pocas cosas lo podrían hacer. Su destino ahora dependía de muchos factores sobre los que no tenía poder alguno.

La atmósfera del planeta, hecha para que su aire fuera respirado por seres muy distintos a los humanos, no le preocupaba. Entre tantas batallas había sufrido innumerables heridas que habían destrozado el interior de su cuerpo, obligando a la instalación de órganos artificiales. Se podría decir que Fernando Cabañero era más máquina que hombre, lo que pese a sus continuos lamentos no dejaba de tener sus ventajas en situaciones como esa donde unos pulmones ordinarios no habrían podido respirar.

No, su problema estaba en la batalla que se libraba en los cielos. Fernando jamás había visto aquella confrontación desde fuera. Quizás en otra situación habría admirado el espectáculo visual de aquel enfrentamiento, similar al choque entre dos bandadas de pájaros. En esa otra situación su vida no estaría en juego.

Para su supervivencia era esencial la victoria de la humanidad. Si el planeta no era conquistado su destino quedaría en manos de esas bestias que no conocían sentimiento humano semejante al perdón. Por otro lado, aunque su bando venciera, tendría que sobrevivir hasta entonces, lo que no era tan fácil como podría parecer. Balas perdidas impactaban no demasiado lejos suyo. Balas perdidas diseñadas para reducir a escombros naves tecnológicamente avanzadas, y obviamente mucho más resistentes que un humano.

Y había otro peligro no menos importante. Un peligro que tenía delante de sus narices.

Los habitantes del planeta. Eran criaturas horribles, tal y como había imaginado. Ante él se alzaban dos ejemplares. Ambos eran similares, grandes cuerpos de color negro que se sostenían sobre tres patas más propias de insectos que de especies mamíferas. En el centro de sus torsos había una especie de esfera donde una especie de grumos flotaban en un líquido ámbar. La única diferencia apreciable era su tamaño. Uno de los ejemplares llegaba a los tres metros, mientras que el segundo apenas alcanzaba la mitad. Por pura lógica Cabañero dedujo que sería el más joven.

Y por ende el más fácil de eliminar.

La duda no tenía cabida en la mente de un soldado. Fernando desenfundó rápidamente su revólver y disparó contra el espécimen débil. No poca fue su sorpresa cuando la otra criatura se puso delante del disparo, sufriendo así una herida de la que comenzó a salir un gas verdoso. Tras producir un agudo y estridente sonido durante unos segundos, el horrendo ser se desplomó al suelo aparentemente muerto. Cabañero no entendió por qué hizo eso, si hubiera aprovechado para atacar quizás podría haberle matado.

Ese segundo que el viejo pasó desconcertado podría haber permitido que el otro bicho le atacase. Pero, por alguna razón, no lo hizo. Lo que sí que permitió ese segundo de sorpresa fue que uno de los explosivos que caían como estrellas fugaces impactase cerca de él, empujándolo hacía delante y haciéndole perder el conocimiento.

Cabañero habría esperado no despertar. No sabía cuánto tiempo habría pasado cuando volvió en sí, pero tuvo que ser más del necesario para que esa criatura le rematase. En cambio, estaba delante del cadáver. Fernando trató de coger su

pistola, mas no la tenía en su bolsillo. Debía haberse caído en la explosión. Tampoco le respondían las piernas, así que no podía buscarla ni huir.

Estaba a merced de la criatura.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que le estaba mirando. En la gema ámbar que había apreciado antes, vió sentimientos. Sentimientos que no esperaba ver en un alienígena. Sentimientos que había visto muchas veces en los ojos de los hijos de sus difuntos compañeros. Esa mezcla de miedo, tristeza y rabia.

Por primera vez en toda su vida, don Fernando Cabañero fue capaz de ver la verdadera naturaleza de una de sus víctimas.

-O sea que no somos tan distintos.-dijo Cabañero-O puede que sí, los tuyos no habéis hecho tanto mal a este universo como los humanos. Déjame darte un consejo chico, no te hagas soldado. Por nada del mundo. No dejes que a tu mirada la enturbie el odio-suspiró-Aunque en el fondo deseo que lo haga. Deseo que alguien nos pare y que nos haga pagar por nuestros crímenes. No podríamos quejarnos si después de ésto buscáis venganza, pues a fin de cuentas es lo que haríamos nosotros. Claro que si es así no os contendréis con eso, buscaréis más. El caso es que no sería nadie para criticaros por eso. Llevo toda mi vida eliminando plagas, sin darme cuenta de que mi especie era la única como para considerarse como tal.

Don Fernando Cabañero observó la batalla que seguía en las nubes. Acababa de ver el sinsentido de la lucha, pero ellos seguían matando. Propio de los humanos.

No sabía si al final de ese día estaría vivo. Por primera vez tenía miedo a la muerte. Y no porque no creyese merecerla, sino por miedo al juicio de Dios. No quería ver como le reprochaban todos sus pecados. O peor, no quería que le dejaran ir al cielo. Porque si alguien como él pudiera entrar al paraíso, entonces el reino de los cielos debía ser un horrible lugar.